



Gigante

para armar

"Crónicas del Centenario", por Joaquín Edwards Bello. Selección de Alfonso Calderón. Zig-Zag. 170 páginas.

EL 19 DE febrero próximo hará exactamente un año que Joaquín Edwards Bello (81), cronista, memorialista, novelista, Premio Nacional de Literatura 1943, condenado por la hemiplejía a una silla de ruedas, se quitó de un balazo la vida en un rincón de su hogar (situado en la vieja calle Santo Domingo, cerca de una agostada Plaza Brasil).

La muerte del poeta Pablo de Rokha (74), Premio Nacional de Literatura 1965, acaecida el 10 de septiembre de 1968, en circunstancias muy similares, luego de salir del hospital y de haberse enterado del suicidio de su hijo Pablo, generalizó una pregunta: "¿Qué pasa con los intelectuales en la sociedad chilena?" El fuerte criticismo que impregna toda la obra de Joaquín Edwards Bello es una réplica anticipada y constante de esa pregunta.

Más que cronista, memorialista. Más que memorialista, novelista. Más que novelista, inventor de un género absolutamente *joaquinedwardsbellico*. Si se hubiese llamado Macedonio Fernández, ya se habría lanzado sobre su obra un ejército de "resurrectores". Si se hubiese llamado Felisberto Hernández, habría contado con el *agreement* ríspidamente de Sáharo. Lástima. Sólo se llamaba Joaquín Edwards Bello. Y esto es poco, por no decir nada, en una literatura articonada bajo la inmensidad de los Andes en el cono sur de América. En España habríase hablado de una rata y formidable mezcla de Baroja y Valle Inclán (el desaliño estilístico y el esparpento suprarrealista). En Francia, su rudeza, su valentía, su decisión para poner el dedo en la llaga, habrían encontrado similes en el tono de Céline, en el espíritu de combate de Bernanos, en esa especie de desmembrada e implacable búsqueda de la verdad que encarnaba Péguy.

Chile quiere, aprecia e incluso lee con entusiasmo la obra de Edwards Bello. Sin embargo, pocos se atreven a descubrir rasgos de genialidad en la prosa del octogenario suicida de la calle Santo Domingo. Porque la ver-

dad es que sus cuadros domésticos, de vivaces pinturas de costumbres.

Estas páginas presentadas por Alfonso Calderón con el título de "Crónicas del Centenario" contienen hallazgos deliciosos y demostrativos todos de la virtud intemporal —desafiante del tiempo— con que Edwards Bello "angelizaba" el prosaismo de sus temas. He aquí algunos ejemplos:

"Se escribe con exceso de los presidentes, pero casi nada del edificio del cual ellos son generalmente la superfecundación (muchas veces de yeso)" (pág. 7).

"Según el sabio naturalista don Manuel Lometa Acharán, nadie muere de sífilis. De salvarse sí" (pág. 18).

"En dicho hotel las escobillas y escupideras estaban sujetas con cadenas, y las puertas de cada cliente con candados" (pág. 24).

"Desde mi butaca cómoda, a la luz de la lamparilla, al calor de la estufa, yo, la momia perfumada de aquel Edwards Bello de los *Tres Meses en Río*, saludo al amigo que decía sarcasmos agradables y elogios pomposos con su risa de pelota rota" (pág. 35).

"Casó (el humorista Armando Hinojosa) en esta ciudad con la hermosa y distinguida señorita Patric, de la colectividad francesa. Cuando sacaba de paseo a sus herederos, les decía: *Allons enfants de la Patrie*" (pág. 41).

Ordenando, articulando escritos de la fabulosa papelería que dejó en su casa-archivo el autor de "Crónicas del Centenario", será posible armar su verdadera figura de gigante.

FREDO. II

EDWARDS BELLO
"Angelizó" sus temas



Gigante para armar [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gigante para armar [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile